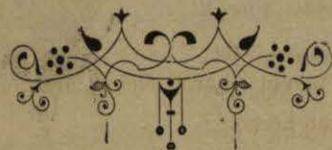


eternos compañeros como ántes; cuando llega á poblado, lo rodea la consideracion pública, y en las fiestas de la patria, lo aclaman propios y extraños. Con todo esto hay para envanecer á un hombre; pero el rural es modesto.



14 DE JULIO.



A Francia revolucionaria celebra hoy una gran fecha más que un gran hecho.

El hecho material fué la destruccion de una prision de Estado; la fecha, la muerte de la monarquía, el triunfo de la opinion pública bajo la bandera de una rama verde, que como símbolo de esperanza y de combate, Camilo Demoulin arrancó de un castaño del *Palais Royal*.

La revolucion francesa fué, como dice Taine, producto de un estado económico; pero ese escepticismo desesperante del gran crítico, no pudo, no quiso explicar por qué el oleaje popular exasperado por el hambre, la miseria y las expoliaciones, fué más humano que nacional y más nacional que local, porque la conmocion del sér político y social tuvo una resonancia tal, que puede dársele el segundo lugar despues de la revolucion cristiana.

Las simples conmociones por hambre producen turbulencias como las de Juan de Leyden; las simples revoluciones políticas, se detienen en una dictadura como la de Cronwell, pero no dejan la estela luminosa de 1789, que aún sigue alumbrando los derroteros y las aspiraciones del progreso humano.

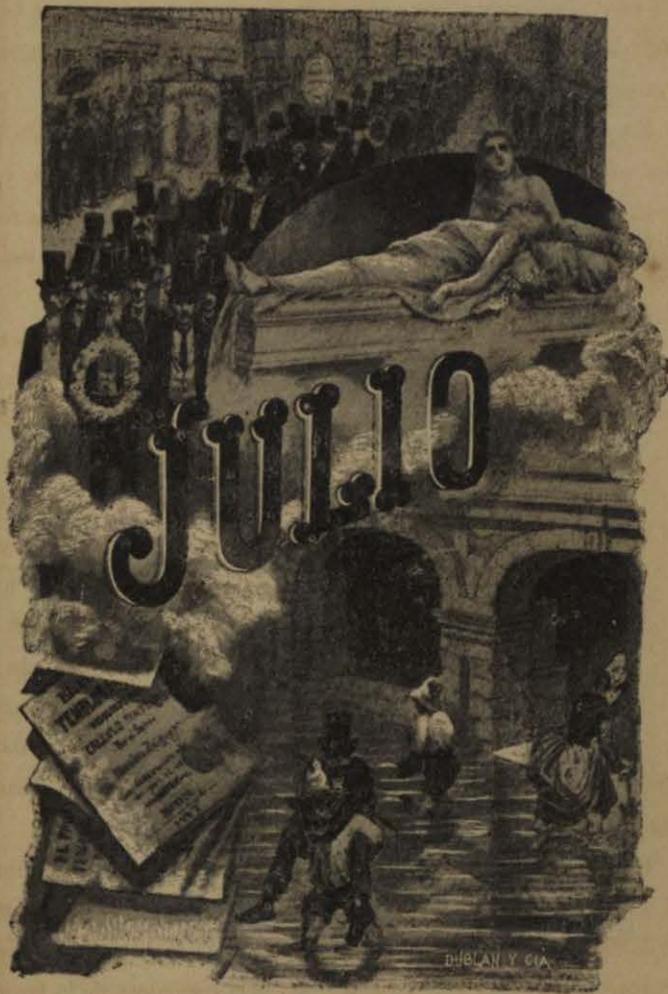
¿A qué se debe esto? A que la gran revolución fué iniciada por los enciclopedistas; por Rousseau, soñador, y Voltaire, mordaz y defensor de los oprimidos; por Corneille, ciceroniano en el teatro, y por Beaumarchais, sublevador de espíritus y de tempestades de risa.

El odio á la tiranía, unido á las manifestaciones del génio, eucarrilaron la desesperación económica en un movimiento humano por excelencia.

Nosotros no podemos olvidar que nuestros héroes en 1810 y nuestros apóstoles en la Reforma, se inspiraron en los grandes ideales de aquellos hombres. El progreso incesante habrá cambiado los métodos y enseñado nuevas sendas, pero los ejemplos de la primera República francesa quedarán siempre en nuestros recuerdos, como la Santa Leyenda de la libertad en los tiempos modernos.

Saludemos este día como una gloria propia, y saludemos también á la nación francesa, á esa nación que nos defendía desde su gran tribuna con los acentos de Jules Favre, de Gambetta y de Thiers.

En su lengua, la más viril, si no la más armoniosa de la familia itálica, despertamos á la vida de la enseñanza superior; nosotros la saludamos hoy en la lengua del gran Quintana, del divino Argüelles, de Muñoz Torrero y de Castelar.





JUAREZ.

I



JUAREZ perteneció á la raza zapoteca que habita en el intrincado laberinto de montañas, en donde se unen las cordilleras de nuestro suelo para formar en la tierra de Oaxaca el punto de partida de los Andes.

A los doce años aun no habia salido de su pueblo y no sabia hablar español; á los veintiuno, el hijo de las montañas, el huérfano protegido por un humilde encuadernador, era catedrático de fisica experimental en el Instituto de Ciencias de Oaxaca.

Fué abogado, juez, primer magistrado de su Estado natal; luchó en las filas del partido avanzado, cuando el partido era poco numeroso; pero su grandeza comenzó, cuando intérprete del derecho y defensor de la libertad, preparó grandes destinos para su patria; cuando irguiéndose grande y sublime en frente de la reaccion cleri-

cal y soldadesca, reivindica los fueros constitucionales con una entereza que nada pudo doblegar, y cuando adelantándose á lo porvenir, inicia la reforma social, hace libre á la Iglesia y libres á las conciencias y realiza como magistrado legal una gran evolucion politica.

¡La Reforma! Tal fué el grito de nuestra generacion; la trasformacion maravillosa que ha ensanchado nuestro sér social.

II

Vino la intervencion europea y Juarez la conjuró.

Vino la agresion inaudita y violadora del derecho internacional, por parte del imperio frances, y Juarez la rechazó . . . y la venció.

Fuerte con su conciencia y sin más armas que su legalidad, sin que á su persona sirviese nunca de escudo el aparato militar, es el único de los grandes americanos que no se ha levantado sobre el paves en los campos de batalla.

Habia en su alma algo como la evocacion de los antiguos moradores de la tierra de los toltecas, de los que descendia; fué para nosotros la representacion augusta del derecho: los héroes de nuestra segunda independenciam luchaban y vencian en su nombre; nuestros mártires murieron invocándolo.

Representante augusto de la ley, ejecutó la ley cuando era necesario; y hombre de Estado, impidió las ejecuciones inútiles.

III

Pasarán los años, y en su curso vertiginoso, cuando registren la historia del Continente en que vivieron Washington, Bolívar y Juarez, dirán en sus anales que Bolívar, libertador de millones de

hombres, titán engendrador de repúblicas, y Juarez, augusto representante del derecho, salvador de la patria y emancipador de las conciencias, fueron más grandes que Washington á quien Bonaparte, primer cónsul, decretó honores en los Inválidos, es decir, en el templo de la guerra.

Bolívar previendo y Juarez realizando, en países educados bajo el antiguo sistema colonial, fueron grandes hombres que hicieron grandes á sus pueblos. Washington fué tan sólo grande hombre en un pueblo que ya era grande.

IV

Juarez no murió ni asesinado como Sucre, ni abandonado como Bolívar, ni desesperando del porvenir como Marco Aurelio.

Al morir, todo lo santo fluctuaba en su hogar. No era por cierto el sacerdote intolerante ni el aparato fastuoso que acompaña la agonía de los magnates. . . . eran tan solo el amor de una familia honrada, las lágrimas de amigos inconsolables, el duelo de la patria, los gemidos de infinitos hogares. . . .

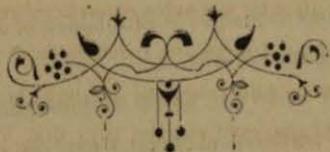
Aquel hombre de acero que no rió ni lloró nunca, era un padre amantísimo, amigo cariñoso, ciudadano egregio; parecia frio como el mármol, pero sin rencores mezquinos; benévolo en su trato, pero inflexible en los negocios públicos. Su conciencia pura é inmaculada pudo volar á la inmortalidad, como pasó á la historia su nombre. . . . sin más intermediarios que sus altos hechos.

Al exhalar el último suspiro, se cubrió, como los estóicos de la Roma antigua, con un lienzo de la cama, el rostro, para ocultar el gesto de la agonía; pero no pronunció ni una queja, ni una tristeza, ni un odio.

Comprendía que su misión había concluido, y que se adormía en un regazo en donde iba á olvidar las amarguras del poder y los tormentos de la lucha: en el regazo de la Patria agradecida.

¡Qué duelo fué su muerte! ¡Qué funerales le hicimos! ¡Lo dice ya la historia! Pasarán los tiempos, nuestra nacionalidad crecerá en vigor, el mundo se hará más viejo, y nuestros hijos primero, y con ellos todo pueblo en que se debatan los grandes latidos humanos de Patria y Libertad, aclamarán el nombre de Juárez como un eterno ejemplo de acción, de esfuerzo viril, de justicia y de patriotismo.

La ciencia misma probará, recordando su origen y su existencia, que no hay razas inferiores y que la instrucción hace por donde quiera, surgir, estallar y poner de relieve á los grandes caracteres.



EL 18 DE JULIO.



HACIA quince años que Benito Juárez dormía en su mármol sepulcro, levantado por la gratitud nacional, cuando la baba venenosa de la traición y de la calumnia, quiso discutir sus actos como hombre y como gobernante.

Hubo entonces una reacción en el gran partido liberal.

¡Cómo se provocó esta reacción! Hé aquí la descripción sucinta de los hechos. El que esto escribe, dijo una mañana al editor del *Partido Liberal*, (era en las postrimerías de Junio):—Sería bueno que los escritores liberales fuésemos en procesion á depositar una corona á la tumba de Juárez, en el próximo aniversario de su muerte. Así lanzaremos un reto á los enemigos de las instituciones.

—Escriba vd. un párrafo sobre esto, y yo me encargo de convocar á la prensa, no será un reto lo que lancemos, será una victoria más que ganaremos, contestó Villada.